

ARTE DE RESISTENCIA por Xabier Sáenz de Gorbea

1. Cuanto más información, mayores problemas hay para distanciarse del día a día y tomar conciencia de la realidad. Ante la continua avalancha de hechos e imágenes, resulta difícil encontrar el sosiego y el tiempo para el análisis crítico. El mundo se ha hecho impenetrable cuando, paradójicamente, parece que se llega a los más ocultos rincones. No existen modelos de pensamiento que manifiesten la totalidad. Sólo pueden darse palos de ciego, atenciones parciales y apenas es posible vislumbrar fragmentos de una globalidad cada vez más intrincada que conviene descodificar.

En una nueva vuelta de tuerca al nihilismo desesperanzado, han pasado los tiempos de los grandes discursos que explican lo que pasa, y existe la idea generalizada de que nada puede cambiarse. Sin embargo, para otros, un mundo distinto es posible. Probablemente, las transformaciones tienen que venir por la toma de conciencia personal, el cambio de comportamiento individual, la acción puntual frente a los acontecimientos y el trabajo global de la responsabilidad compartida.

Durante el siglo veinte, el arte de las vanguardias quiso revolucionar la plástica para mitigar y modificar las condiciones de vida. Se creía que había que propiciar nuevos hábitos de la mirada para potenciar unas experiencias de cambio social. Pero actualmente se sabe que no es así y ya no basta con llevar al arte la mera innovación transgresora, sino que también conviene indagar complejamente en lo que sucede y nos rodea. Eso sí, conscientes tanto de que las situaciones no son para siempre, como también de que el arte no tiene en sí mismo los gérmenes de los cambios, así como sabedores de que el ejercicio artístico no tiene todas las respuestas, pero sí al menos puede situar las interrogaciones, para que cada cual las interprete y valore como quiera. Txaro Arrazola entiende que sigue siendo necesario adecuar el latido de la representación para presentar enigmas por medio de imágenes que puedan ser reconocidas por su continuada presencia en los medios de comunicación. La artista realiza un trabajo que es ante todo lenguaje

y expresión plástica, pero también investigación de unas condiciones y reveladoras de modos de vida al margen y fuera del confort de la sociedad del bienestar. Todavía tiene sentido el viejo oficio de dar testimonio de lo que ocurre.

No se puede seguir siendo un mago o un sanador y tampoco el artista es el principal motor del cambio necesario, pero sí puede ser reflejo de situaciones y dar la opinión sobre cómo percibimos partes de ese mundo que se nos aparece como ignoto y abismado. Es necesario volver a ser explorador privilegiado que, sin dejar de percibir el horizonte plástico, se acerque al primer plano de lo que habitualmente no es sino fondo y se encuentra en los márgenes de los afortunados y en las antípodas de los satisfechos

2. La exposición de Txaro Arrazola propone un diálogo entre el universo de las sensaciones ensoñadas y la transmisión consciente de una realidad dolorida, mediante una serie

de espacios concatenados en los que emplea códigos y medios diferentes, como resultado

coral de ideas, emociones y reflejos de una parte de nuestro tiempo.

La creadora vitoriana ha preparado cuidadosamente el recorrido de las distintas salas con un planteamiento que transporta al espectador de unos a otros contextos. Los mapas de los distintos continentes vislumbran la realidad desde unos códigos a los que estamos acostumbrados e incluso se estudian en la escuela. Un modo de ver desde lo más alto

que en este caso sirve también para vislumbrar una unidad geográfica fragmentada por las pieles cosidas con las que se ha constituido la superficie. Al estar, por otro lado, las paredes manchadas con barro, promueve una doble mirada, no sólo desde fuera y desde lejos, sino también próxima y cercana. Un viaje que transita entre los sentimientos, los conocimientos y las interpretaciones.

Los lienzos se sitúan frente a los dramas humanos y manifiestan tanto algo irrespirable o invivable, como la voluntad de superación del ser humano, al mostrar el caos de la destrucción frente al orden de la frágil arquitectura. La artista crea emociones sensoriales que revelan el territorio de lo agónico por medio del dibujo. Un tratamiento en proceso acumulativo, donde utiliza el grafismo como si fuera un sismógrafo que recoge las pulsiones más íntimas. Casi automática mente conecta con el flujo de pensamientos, intereses y emociones que desde el cerebro traslada a la mano y de ésta a la superficie de la obra. Un posicionamiento contra la alienación de lo irreprochable, mecánico y artificial

de tanto esteticista trabajo de acabado industrial, para utilizar unos medios materiales manuales de tratamiento informal, cuyo resultado son imágenes no siempre concretas que conectan con la verdadera naturaleza de las intenciones.

La trama de líneas y manchas compone una especie de pulsómetro que va descubriendo panoramas, donde uno parece perderse ante la multiplicidad e incluso por el estallido de los efectos plásticos disgregados, para gracias a la perspectiva encontrar un innato orden en el marasmo de lo que es representado.

Lejos del autobombo, el yo no cuenta sino como intérprete de ese no mundo que pese a su artificiosidad llega a parecer natural, de tantas veces como lo observamos en los medios de comunicación. Pero la artista quiere trascender la anécdota para proyectar una obra cargada de densidad, nada de mirarse al ombligo ni masturbatoria complacencia, cuenta la sensibilidad al dar presencia larvada a situaciones de desigualdad e injusticia, pero también es importante cómo transcribirlo a lenguaje plástico. La creadora vitoriana logra que el acorde sea interesante y complejo. Huye de lo manido y se instala en el reino de la desvelación ambigua, cargada de misterio y ebria de intensidad. Un síntoma de nuestra época.

El género de la pintura de paisaje encuentra una nueva vuelta de tuerca. Se trata de un ámbito que supera el carácter ilustrativo y topográfico de quien certifica lo que ve, como también se olvida de la valoración orográfica y climática, para acentuar la doble idea de la construcción y la destrucción social. Si los campos de batalla de Anselm Kiefer proponen la densidad de la acumulación de referentes y medios, Arrazola manifiesta el estallido y la degradación de unas situaciones 'que quedan prendidas con alfileres, como en descomposición y sin reconstituirse del todo. El mismo sistema de representación está afectado y como en crisis, y es utilizado con un equilibrio tan frágil y efímero, como lo que parece derrumbarse delante de los ojos, un submundo muchas veces destruido, compuesto por el horizonte oscuro de tablas y piedras. Una realidad de vida al borde del caos y el marasmo.

La dominante monocromática del negro, el rojo o el azul y los leves lavados tonales de muchos cuadros permiten valorar unas representaciones dramatizadas por la visión de lo fugaz y añejo, como a punto de desaparecer, de algo que sin embargo es de nuestro hoy más punzante, como las vistas de ciudades en las que viven centenares de personas que recuerdan las imágenes de lugares destruidos por los bombardeos de antaño.

Es evidente que el arte más complejo e interesante no se hace sólo con buenas intenciones, tiene que haber también un sesgo personal y el envoltorio formal consiguiente que ilumine y manifieste la complejidad de la experiencia abierta. No a la ruptura pura y dura y sí a la regresión expresiva de unas escenas que se sitúan entre la distorsión y la evocación de los antecedentes reales y permiten sensibilizar y tomar conciencia social de lo que ocurre en nuestro tiempo.